

Discurso del Ministro de Educación Nacional en la Conferencia General de la Unesco, en París

Dos motivos más de satisfacción puede en esta circunstancia añadir la Delegación española al de encontrarse de nuevo con las representaciones de los demás países. Uno, el de contemplar instalados sus servicios en este edificio bello y capaz, al cual ha quedado definitivamente incorporada la obra de artistas españoles. Si la arquitectura es la más permanente de las bellas artes, con la exacta y airosa arquitectura de esta casa se afianzarán también los nobles fines espirituales y sociales que sirve la Unesco.

El otro motivo lo constituye ver establecida esta sede universal del saber sobre el suelo francés, en reconocimiento de una cultura que nos es común y que ha sido fecundada a través de siglos por un caudaloso río de intercambios, un río de doble corriente, por cuya presencia nada español deja de guardar un eco francés y nada francés deja de contar con algún elemento español. No sólo físicamente, más aún, espiritualmente, este emplazamiento de la Unesco nos aproxima irresistiblemente a ella.

Producto típico de esta cultura, cuya más alta manifestación es el modo mismo de ser hombre, fué quien durante años ostentó la representación de mi país en el Consejo Ejecutivo, D. Juan Estelrich. Como delegado permanente de España ante la Unesco, estuvo ligado a sus tareas desde que España ingresó en la Organización. Al recordarle hoy, en su generosa y cordial figura, hacemos votos por que los esfuerzos de quienes como él tan noblemente lucharon por los ideales que nos son comunes nunca puedan resultar estériles.

Los representantes de las delegaciones españolas que en las Conferencias de Montevideo y Nueva Delhi me precedieron en momentos similares —y entre ellos, en tantas ocasiones, el propio Estelrich— explicaron su peculiar e intransferible papel en la universalidad de la cultura y lo que como individuos y como pueblo que pone siempre por delante la superioridad del espíritu y la libertad moral de la persona, pide y espera de la Unesco.

Nosotros, que en Montevideo nos manifestamos de acuerdo con la orientación, relativamente nueva, que se daba al programa de la Organización, no podemos menos de reconocer con viva complacencia el mucho y buen camino que se ha recorrido en esa dirección. Ciertamente, las que en aquella ocasión se definieron como "actividades generales" han de ser siempre la meta orientadora de nuestros pasos. Pero seguimos considerando que la mejor manera de llegar a ella no es queriendo alcanzarla de un brinco, sino a través de etapas parciales, pero posibles de recorrer, es decir, sumando eficazmente las llamadas actividades especiales. Por ello, observamos con gusto que las actividades llamadas generales son cada vez más de-

finidas y concretas y no se distinguen de las especiales por una incontrolable generalidad, adornada de retórica, sino por un alcance mayor, aunque siempre preciso. Es grato reconocer que el secretariado ha sabido seguir perfectamente las directrices señaladas en las Conferencias anteriores. Gracias a ello, la Unesco no es ya, como lo fueron algunas otras organizaciones internacionales, un lugar donde resuenan incansablemente discursos, sino una delicada empresa que el mundo entero está montando con eficacia para llegar a una real colaboración cultural. Algo importante se ha conseguido ya: que sean millones de hombres, en los más distantes países, los que han adquirido constancia de que efectivamente la Unesco existe y trabaja para su bienestar y la cultura. Esto es, en su mayor parte, obra del Secretariado y de ese distinguido equipo de expertos que cumplen las misiones de la Unesco. El programa que tenemos ante nosotros y el mismo informe del director general son prueba de fecundidad de la Organización y de la multiplicación y especialización de sus tareas.

Pero precisamente por haber subrayado la conveniencia de la especialidad se hace necesario señalar sus límites: hay que cuidar de que esas actividades especiales sean especiales, pero no singulares. Quiero decir: que no se multipliquen hasta pulverizarse. Resistiendo, de un lado, la tentación de creer de interés común, ofuscados por la proximidad geográfica o política, cuestiones limitadísimas, y, de otro, la tendencia que en el mismo sentido opera la cada vez mayor especialización de los profesores y hombres de letras.

CRITERIO DE LA DELEGACIÓN ESPAÑOLA.

La delegación española, sin romper los criterios establecidos, estará siempre a favor de que las actividades de la organización tengan una extensión estimable, no sólo geográfica, sino también de contenido, y respondan en su desarrollo a plazos relativamente largos, que permitan proponerse consecuencias capaces de reformar y mejorar el estado de cosas de que se parte. Proyectos, pues, de cierta extensión y de cierta duración que traigan consigo logros apreciables para muchos. La delegación española, por tanto, estaría dispuesta a considerar de nuevo el tema de los presupuestos por periodos de tiempo relativamente dilatados, con lo que se eliminarían muchos de los inconvenientes que en reuniones internacionales se han puesto de manifiesto sobre la contratación del personal técnico y la concesión de becas en plazos demasiado cortos.

Por otra parte, la concurrencia de tantos pequeños proyectos. en los que se disuelven incluso los pro-

yectos mayores, lleva a dividir los créditos de tal manera que no es raro encontrar en el presupuesto consignaciones cuya insignificancia las hace a todas luces inútiles, mientras multiplica, encareciéndolas, las necesidades de personal.

Disponemos ahora de un documento especialmente valioso para justipreciar los resultados de las diferentes tareas desenvueltas por la Unesco. Nos referimos al documento C/10, sobre el cual habrá que tratar en las reuniones de las comisiones y que se refiere a la evaluación de los programas. Digamos ahora tan sólo que juzgamos muy acertada la actitud de someter a la más rigurosa fiscalización posible los resultados conseguidos. Habría que llegar a fijar, con la mayor aproximación posible, la difusión real alcanzada por ciertas actividades, por ejemplo, traducciones de obras representativas, exposiciones ambulantes de ciencias, colaboración de las asociaciones internacionales, pidiendo a éstas que se sometieran también a un control de evaluación de su labor.

Es éste un punto de interés que merece especial examen. No hay inconveniente en aprobar las subvenciones previstas ni tampoco en algún caso en pedir su aumento. Con carácter general nuestro criterio es también favorable a la colaboración con las organizaciones no gubernamentales. Existe, sin embargo, un peligro: el de sobrepasar los límites prudentes y que en lugar de colaborar se llegue a una entrega prácticamente total de ciertas actividades que deben constar entre las de la Unesco. Hay países —países que confían en la Unesco— que quedan de hecho excluidos de determinadas actividades al serles entregadas a algunas asociaciones. Parece lógico, a nuestro juicio, establecer un equilibrio razonable entre la necesidad de que la Unesco actúe a través de las asociaciones nacionales eficaces y acreditadas y la conveniencia de tomar en cuenta las empresas culturales, científicas y educativas al margen de esas asociaciones.

LA RELACIÓN CON LOS ESTADOS MIEMBROS.

Porque es claro que ni los órganos de la Unesco, ni esas organizaciones internacionales pueden realizar por sí mismas los trabajos de investigación y estudio a que tantas veces se hace referencia en el texto del programa. Ni siquiera los mismos Comités de expertos convocados por la Unesco pueden ser órganos adecuados a ese fin. La realización técnica de esos trabajos corresponderían, con la conveniente coordinación, a los centros y personas que en los Estados miembros se dedican al estudio de esas materias. La colaboración de estos centros técnicos y de tales especialistas, no siempre se asegura con la amplitud y la exacta información que sería de desear. A través del excelente órgano de las Comisiones Nacionales, la Unesco podría disponer de la colaboración directa de las Universidades, Institutos, Centros de Investigación y análogos de los países miembros.

Junto a un decisivo interés científico en asegurar esa colaboración, se ofrece, sobre todo en el campo de las ciencias sociales, un interés espiritual: es un modo de aproximar la Unesco a la vida y a la opinión, no de unas masas humanas, vistas como estadísticas abstractas en una oficina internacional, sino a los mis-

mos hombres que viven la realidad de sus propios y acuciantes problemas. Por eso, refiriéndome una vez más al informe del director general, reiteraremos la necesidad de intensificar la relación con los Estados miembros a través de las Comisiones Nacionales.

No olvidemos que en la selección de colaboradores, tanto para la composición de los Comités de expertos y participantes en coloquios, y el nombramiento de redactores de informes y colaboradores de revistas, como para la selección de libros para bibliotecas o de obras para exposiciones, el criterio de la Unesco tiene que ser infinitamente más amplio que el de ninguna asociación internacional, respondiendo a su naturaleza mucho más universal y a su posición frente a la crítica, mucho más vulnerable.

SOBRE LA ENSEÑANZA PRIMARIA EN HISPANOAMÉRICA.

Dos palabras finales sobre los proyectos mayores. Del relativo a la "Extensión de la enseñanza primaria en América Latina" no hace siquiera falta decir que la Delegación española lo ve con interés especialmente hondo y emotivo.

España ha ofrecido desde su iniciación la máxima colaboración a este proyecto de la Unesco. Hemos creído acertar al considerar que para ayudar a un programa tan ambicioso era eficaz contribuir en primer lugar a formar técnicos capaces de evaluarlo. El curso de formación de técnicos en estadística educativa, organizado en la Universidad de Madrid con varias colaboraciones, se desarrolla actualmente a plena satisfacción. Pero estamos dispuestos a colaborar en la misma forma en la auténtica extensión de la enseñanza primaria, bien en la formación de maestros —tal vez nuestra experiencia en las escuelas completas de maestro único puede serles útil— o en la resolución de los problemas de edificios escolares, con el que nos hemos encarado decididamente desde hace unos años.

En todo caso, recomendamos la intensificación de intercambio de noticias y experiencias entre los países interesados y hacemos votos por el éxito de este proyecto que tanto valor tiene para naciones hermanas.

También convendría intensificar y extender el intercambio en lo relativo al proyecto sobre tierras áridas; aunque el desarrollo del mismo se centre en Egipto, Israel, India y Pakistán, otros países podrían beneficiarse con el conocimiento de los resultados obtenidos, de la misma manera que podrían tal vez ofrecer experiencias que pueden servir de base a los ejecutores del proyecto. Pienso, por ejemplo, en los trabajos efectuados en España sobre repoblación forestal en más de un millón de hectáreas y sobre regadíos en antiguas tierras de secano que han superado ya el medio millón.

EL ACERCAMIENTO CULTURAL ENTRE ORIENTE Y OCCIDENTE.

Con el más sincero afán de colaborar en él, ha sido acogido en España el proyecto relativo a la comprensión mutua entre los valores culturales de Oriente y Occidente.

España, por razones de su historia, había aportado una colaboración efectiva al intercambio con el mundo islámico y hebreo en la Edad Media, con las escuelas de traductores de Barcelona y Toledo. Pero tuvo, además, la gran oportunidad de llegar al Oriente Lejano en el siglo XVI, donde permaneció más de tres siglos. Ello dió lugar a importantes relaciones culturales: se llevó la imprenta a Filipinas, Japón y la India, imprimiendo allí toda clase de obras en los respectivos idiomas y dialectos asiáticos, en español y en latín. Se tradujeron e imprimieron en chino y en numerosas lenguas indígenas tratados de ciencia y literatura occidentales, entre esta última incluida una gran parte de la literatura medieval española e incluso europea, como los libros de Caballería. Se escribieron y publicaron diccionarios y folletos, mapas e itinerarios, y se vertieron al español obras de aquellos países, entre otras el primer libro chino traducido a cualquier otra lengua de Occidente.

Como base de acercamiento cultural entre Oriente y Occidente, estos hechos son de gran interés y pueden servir de punto de partida. Así lo ha entendido la Comisión nacional española, bajo cuyo patrocinio la Biblioteca Nacional de Madrid prepara para el próximo diciembre una exposición de estas fuentes informativas, bibliográficas y documentales. No hay que decir que daríamos muy gustosos cuantas facilidades sean necesarias para que dentro del proyecto principal de la Unesco se diera cabida a una exposición ambulante, que recogiera noticias de este tipo en varios idiomas y reprodujera en facsimil documentos, libros, mapas y grabados, complementándose con aspectos de actualidades.

Asimismo, la Facultad de Filosofía y Letras de la

Universidad de Madrid acaba de inaugurar un curso sobre el tema "La civilización en el Asia oriental". Este curso no está destinado a una minoría de eruditos, como en otros casos, sino que es una introducción general a la cultura oriental, accesible a todos los estudiantes.

PRESENCIA DE ASIA EN EL MUNDO.

Nos damos cuenta perfecta de la importancia de los estudios orientalistas tradicionalmente ofrecidos por nuestras Universidades europeas y americanas, pero es evidente que el tono de estos estudios, relativo casi siempre a problemas concretos de lingüística o de arqueología, tiene que limitarse, en consecuencia, a un número muy reducido de especialistas e investigadores. Pero a nuestro juicio, el orientalismo de hoy no puede entenderse como un mero problema especulativo, intelectual o arqueológico. Asia es algo vivo y en plena actividad. Su presencia en el mundo se ha ido acusando vivamente en los últimos años, y el papel económico y social del Oriente crecerá aún más en un futuro muy próximo.

La Comisión española ha creado un Subcomité que entiende en preparar y desarrollar la participación de mi país en este proyecto principal. Nos negaremos siempre a ver en él una distribución unilateral de valores. Admiramos al Oriente, porque cuenta con principios morales de valor universal, y a la vez encontramos en él aportaciones decisivas a la técnica. Y nos sentimos solidarios de este Occidente porque ha creado la gran ciencia de que hoy se sirve el mundo, pero también porque ha dado, en su labor civilizadora, un alto ejemplo de espiritualidad."

estudios

Del museo-tesoro al museo educativo

El museo público es el heredero de la colección particular. Y, de la misma forma que sus colecciones tuvieron origen frecuentemente en una colección particular —del príncipe o del financiero—, su espíritu arranca del espíritu de la colección particular, espíritu de posesión y de acumulación más bien que gusto por la belleza o amor a la ciencia. La colección era manía de individuos; el museo fué la manía de una comunidad. Durante todo el siglo XIX, el museo vino a ser una especie de "tesoro" de las nuevas metrópolis. Una institución así no tenía otra función real que existir. Su riqueza era su propia justificación. Se coleccionaba por coleccionar. Lo importante era acumular el mayor número posible de piezas y del mayor valor posible. Cuantos más cua-

drod hubiera, armas, porcelanas, estatuas góticas o sílex tallados, tanto mejor. Mentalidad comercial, típica del tiempo. Reino de la cantidad.

El museo —hablamos del museo de arte— que nos ha legado el siglo XIX es, pues, con demasiada frecuencia, un bazar de antigüedades. Esto es perfectamente visible en las antiguas colecciones privadas: Museo Jacquemard-André, Museo de Ennery, Museo Marmottan, en París; Museo Poldi Pezzoli, en Milán; Museo Van der Bergh, en Amberes; Colección Wallace, en Londres... (por no citar sino ejemplos diplomáticamente lejanos). Pero incluso los museos nacionales son siempre un poco amasijo de obras de arte, y ni el Louvre, ni el Prado, ni el Museo Británico escapan a este reproche.

Ahora bien, poco a poco, el museo se ha visto vestido de funciones para las cuales no estuvo creado en principio. Primeramente, ha venido a ser un almacén científico, un archivo de documentos del pasado. Después, se ha revelado como uno de los atractivos esenciales del turismo, que puede por sí mismo constituir una de las más importantes fuentes de ingresos en ciertos países. Finalmente, se perfila como un maravilloso instrumento de educación, en el sentido más amplio de la palabra (educación de los es-